

Mi historia

(Mariluz Escribano)

Hola, soy Mariluz Escribano, nací el diecinueve de diciembre de 1935, en una tarde fría y nevada. Casi no conocí a mi padre, Agustín Escribano, ya que murió cuando yo tenía tan solo once meses ejecutado por ser republicano, es decir, pensaba diferente que la gente que en ese momento quería gobernar a la fuerza. Siempre fue leal y coherente con su manera de pensar y por eso, tristemente, lo fusilaron como a tanta otra gente en esos tiempos. Él era profesor de Geografía en la Universidad de Granada, mi madre me contó que era muy amable, inteligente y gracioso, dice que soy la viva imagen de él.

Cuando era pequeña recuerdo vivir en una casa de campo con mi madre, al lado de un hermoso campo verde lleno de flores. Desde la casa sentía el frescor del campo y escuchaba el rumor lejano de los animales.

Después de que asesinaran a mi padre al comenzar la Guerra civil, mi madre Luisa Pueo y Costa, que también era profesora en la Universidad de Granada fue desterrada de Granada y enviada a Palencia en 1937, yo contaba apenas con dos años por lo que únicamente guardo el recuerdo de mi madre agitada recogiendo todas las cosas muy deprisa. Todo fue muy rápido, mi madre olvidó mi oso de peluche, el que me había regalado mi padre cuando nací. Fue el día en el que más lloré de mi vida.

Mientras que vivimos en Palencia nunca escuché una queja de mi madre pero en sus ojos podía ver el sufrimiento y el miedo que tenía. Volviendo en el tiempo, me doy cuenta de que ella no solo perdió a mi padre, sino que perdió su trabajo, su seguridad, su tranquilidad, y se vio teniendo que cuidarme a mí en soledad.

En 1940 pudimos volver a Granada. Fueron los primos de Federico García Lorca quienes nos ayudaron dándonos alojamiento en la Huerta de San Vicente, donde actualmente está el Parque de Federico García Lorca. Desde entonces, he vivido en Granada, el lugar más bonito que he conocido. Todavía recuerdo cuando salía a la plaza a jugar con mis amigos y amigas, recuerdo el olor y el sabor de los churros con chocolate que vendían en la tiendecita de la esquina, recuerdo ir a la Alhambra con mi madre, el delicioso olor de las flores de los jardines, las gotas de agua de la fuente de los leones sobre mi piel. Cuando hacía mucho calor y tenía mucha sed, y se me reseca mucho la boca, mi madre me compraba un helado de caramelo y nata ¡ummm! mi favorito, estaba delicioso.

La relación con mi madre siempre fue buena, aunque un poco distante, pues ella siempre vivió preocupada por si nos ocurría algo similar a lo de mi padre. Empecé a escribir poesía en 1958 con veintitrés años. Hacerlo para mí fue mi vía de escape. Poder expresar de alguna manera todo lo que sentía, mis sentimientos, mis pensamientos.

Federico García Lorca siempre fue mi inspiración, no solo porque él era un gran poeta, sino porque compartió tristemente el mismo destino trágico que mi querido padre con solo unas semanas de diferencia.

No publiqué nada hasta 1991 cuando mi madre falleció. No fue hasta esa fecha porque mi madre no quería, ella tenía pánico de que me pasara algo irreparable como a mi padre. Era su única hija, no quería que me pasara nada malo, algo entendible después de todo lo que habíamos pasado.

No pienses que mi vida fue solo escribir poesía, para nada. Trabajé en prensa desde 1958 hasta 2019, también fui profesora en la Universidad de Granada, al igual que mis padres, solo que con una diferencia, mi madre no podía decir lo que realmente pensaba o sentía en sus clases porque podía haber alguien a favor de la dictadura para vigilar que no dijera nada en su contra o que no le gustara al gobierno, sin embargo yo sí que tenía libertad de expresión, pues cuando empecé a ejercer de profesora ya eran otros tiempos.

Viví haciendo lo que me apasionaba, escribir, enseñar y, por supuesto, continuar con la lucha por la libertad que mis padres y otros muchos comenzaron. A lo largo de mi vida escribí mucho pero, sin duda alguna, una de mis poesías favoritas fue "Los ojos de mi padre", escrita en su honor:

"Los ojos de mi padre"

*Los ojos de mi padre,
los ojos de mi padre,
mirándome en la patria cereal de los trigos,
en un tiempo de cunas
mecidas por el viento de la guerra,
mirando cómo crezco
en los abecedarios
y conquisto sonidos primitivos,
balbuceos, palabras necesarias,
porque él me empuja y vuelve,*

*desde su corazón y sus espigas,
su corazón de tierra y manantiales,
patria de tierra y gritos apagados.
Mi padre es un silencio
que mira cómo crezco.
Sus manos me conforman,
me miran la estatura,
la dimensión del cuerpo,
averiguan gozosas
que me elevo en trigal.
Las manos de mi padre
tocan mi cuerpo y cantan,
y yo sé que me acunan
con nanas de caballos,
con la salmodia triste del judío,
del converso que habita por su sangre.
Pero paseo con mi padre.
Abandono en sus manos
mis manos tan pequeñas,
y al calor de su sangre
mis pulsaciones tienen
una ambición de tiempos.
En las luces inquietas de la tarde,
al borde de la noche,
vamos pisando hierbas, territorios,
ríos como torrentes, manantiales,
horizontes donde la niebla habita,
paisajes metalúrgicos y bosques,*

ciudades, vientos, cordilleras,
blancas constelaciones.
Camino con mi padre.
Me nombra a las palomas,
pájaros migratorios,
aguanieves que rozan las praderas,
alcaudones de viento,
golondrinas, gorriones, avefrías.
Y todo pasa y llega de su mano,
y a mi infancia regresa
el calor confortable de su sangre.
Cuando llegan los días de septiembre,
láminas del otoño,
las madrugadas frías y estrelladas
detienen sus palabras.
Pero es sólo un instante
de sangre y de fusiles
porque mi padre vuelve del silencio
y pasea conmigo
el callado silencio de las calles,
y los campos sembrados
y las constelaciones,
y su voz de madera me acompaña, me mira cómo crezco.
Todo el mundo conoce
que heredé de mi padre una bandera.

Como podéis ver, aunque mi padre no estuvo físicamente a mi lado, él me enseñó la importancia de la vida, de luchar por la libertad y por nuestra manera de pensar, entendiendo que la guerra, el sufrimiento, la muerte o la violencia en sí mismas no solucionan nada, solo traen caos, desorden y tristeza.

Después de una vida llena de sombras y luces, el veinte de julio de 2019 fallecí con ochenta y tres años, muchas vivencias, recuerdos, una gran aventura, en dos épocas totalmente distintas en nuestra historia.

-Hola, Mariluz

-Y tú, ¿quién eres?

-Soy yo, Federico García Lorca.

-Qué está pasando.

-Cálmate, estás en un lugar seguro.

-¿Dónde estoy?

-Estás en el cielo de todas las personas que fallecieron y sufrieron las consecuencias de la guerra civil, aquí hay gente como tu padre, tu madre, todos los soldados fallecidos y mucha otra gente de la cual no se han encontrado restos.

-Me tienes que contar todo lo que has hecho todo este tiempo en mi ausencia. (Se escuchó de repente a lo lejos)

Cuando me giré, observé que eran mi madre junto a mi padre. No pude contener la emoción, iba a poder hablar con mi padre. Sin pensarlo dos veces me acerqué hacia ellos corriendo y les abracé.

Mi padre se ilusionó mucho al verme, pues no lo hacía desde que yo era tan solo un bebé.

-Hija mía, que alegría verte-Dijo mi madre.

-Hola mamá, hola papá, tengo tantas cosas que contarte, que podría pasarme toda una vida hablando contigo.

-Bueno hija, tenemos todo el tiempo del mundo pues aquí nunca pasa el tiempo.

Hoy, diecisiete de diciembre de 2021, el alcalde de mi amada Granada inaugura una estatua en mi honor en el parque Federico García Lorca, mi felicidad ha sido increíble. Desde aquí, donde me encuentro, puedo observar cómo la gente mira con detalle esa estatua. Aunque ya no esté ahí con todos vosotros, siempre podré observar esas sonrisas de los niños y niñas jugando en el parque junto a mí estatua, disfrutando del delicioso olor de las bellas flores y escuchando el bonito canto de los pájaros que me recuerdan a mi infancia.